

Domingo, 13 de diciembre de 1992 **el Periódico**



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

En el ascensor

Si usted va solo en un ascensor, lo normal es que no se sienta cohibido. Lo que suele usted hacer es mirarse en el espejo, retocar su peinado y ensayar una sonrisa o un rostro de seriedad. Si el ascensor no tiene espejo, cosa que ocurre muchas veces, usted mira hacia la puerta, que si tiene mirilla de cristal le permite ir contando los pisos sucesivos hasta llegar a su destino. Si no hay mirilla, se juega a adivinar los pisos. Pero en la mayoría de los casos usted subirá o bajará acompañado. Si es en el ascensor de su casa y los que están en la cabina son vecinos, rara vez ellos o usted mirarán hacia el espejo. Las miradas irán hacia el suelo o hacia el techo. Y si esto ocurre en una casa vecinal, lo que sucede en los grandes ascensores de oficinas y almacenes es mucho más grave: hay que superar la vergüenza, el miedo y hasta la desesperación que puede conducir a apearse en un piso distinto al que se iba.

Una menguada solución es fijar la vista en la placa metálica que indica el límite de peso o de personas que el ascensor puede cargar.

Todas estas situaciones desagradables pueden encontrar solución, y ésta la ofrece la tan denostada publicidad: poner anuncios en los ascensores. La timidez y el miedo conseguirán que las miradas se fijen en la propaganda: *Nada como beber... Éste es su soche... Compre en los Almacenes...* Publicidad calmante y además rentable. ¡Qué vida!